sino simplemente para ilustrar las cartas geográficas, averiguando dónde demonios se esconden las fuentes del Nilo.

Ícaro debió ser el mayor calavera de su tiempo; hoy es la ciencia empeñada en escalar el aire y volar por el espacio, ni más ni menos que vuelan las águilas. Arquímedes pedía una palanca y un punto de apoyo; nosotros, más sabios y, sobre todo, más juiciosos, buscamos ese mismo punto de apoyo y esa misma palanca.

Con todo lo dicho, no he conseguido más que apuntar las rasgos generales de la especie y la transformación que ha experimentado la familia en el transcurso de treinta á cuarenta años. Lo que entonces fué una cabeza destornillada, hoy es un hombre de mundo, un hombre de Estado, un filósofo ó un sabio.





ESTÉTICA.

I hemos de creer á los etimologistas encargados de darnos á conocer el sentido originario de las palabras que nos han legado

lenguas anteriores á la nuestra, Estética es una palabra griega que significa sentimiento; y si es así, nada más estético que una desgracia, una catástrofe, un duelo, porque ya entre nosotros la acepción vulgar y corriente de la voz sentimiento es la de pena, dolor, pesar, disgusto.

Si al mismo tiempo hemos de entendernos, será preciso añadir algo al sentido etimológico de la palabra, para convenir en que Estética es el sentimiento de lo bello, como si dijéramos, la filosofía del arte, ó más bien el instinto que nos conduce á descubrir la existencia de la belleza.

Por supuesto, ese instinto, esa propensión, esa fuerza misteriosa é intuitiva que nos arrastra hacia lo bello, existe en el género humano desde el primer hombre, como el recuerdo de una perfección perdida, de una felicidad pasada, de una grandeza de la cual hemos caído; pero da la casualidad que la Estética, ciencia, razón, filosofía, ó como quiera llamarse, no ha aparecido hasta nuestros tiempos, de lo que debe inferirse que Homero y Fidias, Virgilio y Dante, Rafael y Miguel Ángel, y hasta el mismo Calderón y Lope, han vivido en el mundo sin saber lo que se hacían, dejando perpetuos testimonios de su existencia á tontas y á locas.

Es verdad que ya Platón anunció algo sobre la belleza; pero, ¡ ya se ve!, dicen que separó demasiado la idea de lo bello de la realidad positiva de las cosas, ó, lo que es lo mismo, que, aunque pagano, se le fué el santo al cielo, y no era ciertamente esa la Estética que nos espera ba en las alturas de nuestro siglo.

También Aristóteles suministró al arte dramático algunas reglas para la composición de las tragedias, esto es, rayó el papel en que debía escribir el niño, para que no se le torciesen los renglones.

Tócale su vez á Plotino, y saca en sustancia la misma consecuencia que Platón, á saber: que la belleza moral está sobre toda belleza sensible; que hay un principio eterno origen de toda belleza; y, en fin, San Agustín condensa en una fórmula admirable la idea de la belleza, diciendo que es el es-

plendor del orden. Longino, Horacio y Quintiliano no van más allá que Aristóteles, y todo queda reducido á reglas rudimentarias, á preceptos elementales, á mera retórica, y, si puedo decirlo así, á pura ortografía.

Bacón, que no había adivinado la Estética que había de asomar la cabeza andando el tiempo, miró al arte por encima del hombro, y le concedió por singular benevolencia el privilegio de ser uno de los recreos con que el hombre entretuviese la pesadumbre de la vida: fiestas del entendimiento desocupado, pirotécnica del ingenio, fuegos artificiales de ociosas imaginaciones.

Llegan después Baumgarten, Moldelssonhe y Suleer, procedentes de Leibnitz y de Wolfio: ambos contemplan el arte en sus grandes manifestaciones, y dicen: «Aquí hay una ciencia,» y el primero la llama Estética, y sacándola de la confusión del sentimiento, intenta sujetarla á las inspiraciones de la razón y á las leyes de la lógica, y el quid divinum baja de las regiones de la inspiración al crisol de la ciencia; porque no basta que lo bello sea bello, sino que es preciso, para nuestra tranquilidad, que nos diga por qué es bello. No basta que la luz alumbre, urge además que sepamos por qué alumbra. La luz, sin embargo, á pesar de su claridad, no nos lo ha dicho todavía; así es que aún andamos á tientas en medio de la luz misma.

Sea como quiera, la Estética, una vez nacida y bautizada, da algunos pasos, y la idea de lo bello,

como el pájaro que se escapa de la jaula en que lo tienen cautivo, vuela y se eleva hacia su origen y toma á los ojos de los estéticos la forma de una concepción abstracta, como lo había sido en Platón, en Plotino y en San Agustín, uniéndose la idea de la belleza y la idea del bien como dos medias naranjas.

Pero decir ciencia, es casi tanto como decir escuelas, opiniones, teorías, gustos, inclinaciones, costumbres y caracteres, y sin más ni menos brota, de la noche á la mañana, en Inglaterra la escuela estética sensualista, que, dejándose de abstracciones, da, digámoslo así, al concepto de la belleza carne y hueso. Uno sostiene que todo lo bello es bueno; el arte por el arte, Venus es buena porque es bella: otro crea á su gusto un sentido particular para lo bello, y queda averiguado que la belleza no tiene más sensación ni más vida que las del gusto particular de cada uno. Otro, más sensualista todavía, se abandona por completo al resultado de las sensaciones, y hace una misma cosa de lo sublime y de lo terrible, y sólo al instinto de conservación, al más animal de todos los instintos, atribuye el origen de lo bello.

Y aquí tenemos al hambre, por ejemplo, decidiendo estéticamente acerca de la belleza de un pavo trufado. La *Enciclopedia* no puso más allá los límites de la *Estética* sensualista; debió encontrarse en ella como el pez en el agua, porque, en resumidas cuentas, el sensualismo estético es el libre examen en el arte; la negación de toda belleza permanente para rendir culto á todas las bellezas fugitivas; en una palabra: cerrar los ojos del alma para abrir de par en par los ojos de todos los sentidos.

Á pesar de ese racionalismo, que contó y cuenta con el concurso de todas las corrupciones del buen gusto, abriendo camino á las monstruosidades artísticas que todavía el arte de nuestros días engendra, reapareció la idea de lo bello, emanando de Dios como de su verdadero origen, principio de toda verdad, de toda bondad y de toda belleza, fundamento único de toda estética, foco luminoso adonde el genio del hombre volverá siempre los ojos en busca de inspiraciones inmortales.

Kant sigue á Lessing y á Gæthe, y vacía la belleza artística en el molde de su filosofía subjetiva. Ya lo bello no es una abstracción, ni una realidad; no es lo ideal, ni lo sensible; no es la severa pureza de la virginidad, ni los armoniosos contornos de la estatua del placer; no es, en fin, ni el alma ni el cuerpo.

La idea absoluta, la idea, digámoslo así, perenne de la belleza, desaparece bajo la forma movible, instable, de un concepto relativo; no tiene tealidad ninguna, ni moral, ni material, y queda reducida á un fenómeno puramente psicológico, á meras ficciones de la imaginación, sin más realidad que la de los sueños.

La belleza no es nada; es, si acaso, una preocupación, una fantasmagoría de nuestro yo, una superchería con que cada uno adula á su deseo ó á su capricho, engañándose á sí mismo.

Schiller, Fichte ... ; qué hacen estos genios perdidos en las soledades del error? Nada; sepultarlo todo en los estrechos límites del pronombre personal Yo; he ahí la creación, la libertad, la justicia, la razón, la belleza; he ahí todo. Fuera de mí no hay nada; y es el caso que yo no quepo dentro de mí mismo. ;Adónde vov?.... ¡Santo Dios! No tengo donde ir. Soy una especie de cristal imposible que refleja imágenes que no existen en ninguna parte. Todo lo que me rodea, el cielo, la tierra, el universo, la naturaleza, mis semejantes, no son más que apariencias que yo me finjo dentro de mí mismo. Y yo mismo, ¿qué soy? Si llevo en mí la facultad de fingirme la creación que me rodea, mo he de poseer el secreto de fingirme á mí mismo? ¿Qué soy, pues? Nada.... ¡ Ah! Yo no existo.

Así como en el espiritismo hay espíritus burlones, de la misma manera en la estética hay sabios
de tan buen humor, que son muy capaces de reirse
de un entierro. Solger, por ejemplo, no comprende
más genio que aquel que se ríe del mundo. La ironía es la esencia de la belleza, y la carcajada su expresión más propia. La Divinidad es la ironía misma que se burla interminablemente de las cosas
creadas, y á quien tienen en perpetua hilaridad los
caprichos de la naturaleza y las extravagancias de
los hombres.

Como vemos, la Estética en este punto conduce

el arte como por la mano á la feliz situación de desternillarse de risa. Los chinos representan la felicidad por medio de una boca entreabierta llena de arroz; á nosotros nos toca ahora representar el arte por medio de una boca extendida de oreja á oreja reventando de risa.

Schelling parece que se muestra más razonable, ó por lo menos más serio, pues hace del arte el lugar de la cita en que deben encontrarse lo infinito y lo finito, el pensamiento y la forma, el alma y el cuerpo. La averiguación no es ciertamente un prodigio de perspicuidad, porque da la casual circunstancia de que no hay obra de arte, digna del respeto de las generaciones, en la que no se encuentre la necesaria unión de esos dos elementos.

Si hemos de atenernos á sus conclusiones, la forma artística es la más completa expresión de la verdad. Yo digo: debe serlo.

Hegel, en fin, sigue en último resultado á Shelling, y después de largos estudios acerca de la ciencia de lo bello, casi nos quedamos lo mismo que estábamos.

¡Es singular! Aparece un hombre que apenas ha leído unos cuantos libros, ser oscuro que á nadie se le ocurre el capricho de llamar sabio, porque es muy posible que todo lo ignore; anda de un lado para otro como un tonto; parece que está en babia; diríase que no vive en el mundo en que vive. De repente se vuelven hacia él los ojos de la admiración, porque no se sabe cómo ha salido de sus manos un cuadro, una estatua, un libro. ¿ Quién es?.... El Genio.

Pues vea V. lo que son las cosas: aquí hay otro hombre superior; ha penetrado en los secretos de la más profunda filosofía; ha creado escuelas, sectas; la naturaleza le ha confiado hasta sus más ocultas intimidades; sondea el cielo y registra el abismo... ¡La ciencia !... ¡Bah! La ciencia la tiene al dedillo. Si Dios existe, es por una condescendencia de su sabiduría; si consiente el alma, es por pura benevolencia.... ¿Quién es?.... Un Sabio.

Mas vedlo aquí delante de una obra de arte; su ciencia se encuentra detenida, avasallada, suspensa, vencida; se rasca la frente, se muerde las uñas. ¿Cómo se ha h echo ese cuadro.... esa estatua.... ese libro?.... Lo ignora.

¿De dónde ha salido este prodigio de belleza artística? No lo sabe.

¡La belleza!...¡Ah si!... Está en el secreto; esperad, va á explicarla...¡Qué bien diserta! Pero, ¡oh injusticia del mundo!, nadie lo entiende. En cambio el libro, la estatua, el cuadro, ¡qué bien, qué pronto los entendemos!





LA VANIDAD.



омієнго á sospechar que no es la soberbia el vicio que principalmente nos domina á los que por un capricho de la suerte, que al fin

es mujer, nos encontramos en estos tiempos tirando de la carga más ó menos ligera de la vida. Asimismo presumo que no es tampoco la envidia el móvil que nos impulsa al habitual recreo de la maledicencia con que animamos la culta amenidad de nuestras ociosas conversaciones, que tan agrada ble hacen el trato de las gentes.

Yo tengo mis razones para inclinarme á creer, no sé si con satisfacción ó con pena,—pues ya no se sabe á punto fijo lo que debe alegrarnos ó entristecernos,— que la soberbia y la envidia, tan propias de la frágil naturaleza humana, experimentan cierta degradación natural y casi insensible, im-

puesta, à mi ver, por el descenso que en todo se advierte, señal bastante clara de lo inclinado del plano en que resbalamos, y que nos conduce triunfalmente, eso sí, de arriba abajo.

Yo digo: Nada hay más lógico que los hechos; en razón á que los vigila una ley todavía no derogada, que, quieras que no quieras, les impone la tiranía de la descendencia, obligándoles á sucederse dentro de sus respectivas especies en ordenadas generaciones, como si dijéramos, de padre á hijo.

Ley constante en la naturaleza y permanente en la historia, puesto que los hechos, lo mismo que los seres, viven sujetos á la terca esclavitud que los encadena á ser necesariamente cada uno hijo de su semejante, porque eso de las generaciones espontáneas no pasa de ser un proyecto de ley sin sanción ninguna, que no impone obediencia.

Ello es, que la sabiduría de las naciones insiste en afirmar, bajo la palabra de su experiencia en la sucesión de las especies, que en el orden de los hechos, el que siembra vientos recoge tempestades, y en el orden de la naturaleza, que, échese por donde se quiera, el olmo no dará nunca peras.

La soberbia y la envidia tienen también su natural descendencia, y he aquí que naturalmente han descendido.

Veamos cómo.

Hay en la soberbia el orgullo del propio valer, cierta conciencia del poder de sus facultades, y á más, el desordenado apetito de imponer su imperio. Puede decirse de ella sin murmuración, lo que Sièves decía de Napoleón I: «Este hombre todo lo sabe, todo lo puede y todo lo quiere.» En una palabra: cuando el genio no es santo, es soberbio.

El fondo de la envidia es amargo, es hiel pura; paladar descompuesto, al que, digámoslo vulgarmente, todo le sabe á cuerno quemado. No le entristece el bien ajeno tanto porque no es suyo, como porque es de otro.

Soberbia y envidia son como dos aspectos de una misma cosa, y se distinguen entre sí como el anverso y el reverso de una misma medalla.

La unidad es el secreto de la soberbia: Yo; yo aquí, yo allí, yo dentro, yo fuera, yo en todas partes, yo siempre.

El conjunto es la desesperación de la envidia: Ese, aquel, este, el otro, todos, todo.

La soberbia produce á Lucifer, la envidia arma á Caín, y estos dos tipos se reproducen frecuentemente en el tránsito de la especie humana sobre la tierra, como si fuesen sus eternos compañeros, testigos constantes de su trágico origen.

Perfectamente; mas yo advierto que la soberbia humana ha empezado á ser más razonable y la envidia á estar menos descontenta del mundo que la rodea. Diríase que esas dos fieras que habitan en las salvajes soledades del espíritu del hombre, amansadas por la influencia de la civilización moderna, se han convertido al fin en dos animales domésticos.

La cosa se explica bien fácilmente por el desenvolvimiento expansivo de nuestras libres facultades.

Disipadas añejas preocupaciones, que se empeñaban en hacer del hombre un simple mortal, condenado al mezquino usufructo de la vida y de la tierra, hemos llegado poco á poco á la proclamación de nuestra propia divinidad; y, una vez declarado Dios el hombre, es preciso convenir en que su soberbia, por ciega que sea, ha de haber caído en la cuenta de que ya el mundo es suyo.

Y pongámonos en su lugar. Todo ha caído bajo su poder; todo lo sabe, todo lo puede, todo lo quiere, y, como es natural, se siente satisfecha. ¿Y qué ha de hacer?.... Se guiña á sí misma el ojo en señal de íntima complacencia, y, quieras que no quieras, se abandona en cierto modo al descanso después de tan larga fatiga.

No quiero decir que se duerme á pierna suelta sobre el lecho de pluma de su gloria; pero, vamos, empieza á dar algunas cabezadas sobre el hacinado montón de sus laureles.

Al paso, la inquisición infatigable de la ciencia, que se quema las cejas buscando el origen auténtico de esta divinidad que de la noche á la mañana nos ha caído por la chimenea, ha descubierto, como la cosa más sencilla del mundo, por adivinación maravillosa, que el mono es, así como suena, el padre natural del hombre.

Y no hay que reirse de este novisimo abolengo

de nuestra raza. Bueno que la trasnochada impertinencia de los que aún pretenden sostener la aristocracia originaria de la especie, la sangre azul de la ascendencia, y la alcurnia de la familia, se obstine en conservar entre la opulencia democrática de nuestros suntuosos *boteles*, las cuatro tapias de la casa solariega del paraíso.

¿Y qué? Siempre tendremos como fundamento razonable que el hombre no procede del hombre, en atención á que no hay ser sobre la tierra que posea el singular privilegio, la rara virtud de producirse á sí mismo; porque, ¡oh irrisión impenetrable de la naturaleza!, todo nace, sin que sea necesario de ningún modo el concurso voluntario del ser que viene á la vida.

Aún tenemos otro testimonio, si cabe más elocuente, que atestigua de continuo la autenticidad de ese origen que le debemos á las últimas investigaciones, permítaseme decirlo así, de la ciencia.

Ahí están las mujeres todas; ellas, por un sentimiento unánime, nos ponen á cada paso en la mano lo que podemos llamar nuestra partida de bautismo, descubriendo á nuestros ojos por penetración inconsciente la cuna plebeya en que se mecieron nuestros lejanos y á la vez novísimos progenitores.

Vedlas delante del niño que empieza á dar los primeros pasos en la senda de la vida: lo contemplan con afán cariñoso, lo besan con ternura indecible, y como si recordaran intuitivamente la infancia de la familia perdida en la oscuridad de tiempos remotos, se les ríen los huesos, y exclaman sin poder contenerse:

—¡ Qué mono!.... ¡Oh, si; este niño es muy mono!

¿Qué más testimonio de autenticidad necesitamos?

Convengamos en que si estos datos no son concluyentes, no hay nada que tenga fin en el mundo. Datos seguros, que deben tomarse como confesión de parte, en cuanto á que ellas solamente parecen encargadas por la naturaleza para saber á ciencia cierta quién es el padre verdadero.

No hay para qué detenerse en apelar á la etimología griega de la palabra mono, pues todos sabemos que quiere decir uno. Uno, origen de los demás, principio del número, engendrador de las cantidades, procreador de la suma, germen, en fin, de todas las multiplicaciones.

Así se unen, se confabulan y se compenetran en una misma averiguación la ciencia que investiga, la mujer que adivina, la lingüística que fija, y la aritmética que multiplica.

Pues bien: si la envidia ha penetrado el secreto de nuestro origen y se encuentra al cabo de la calle, yo pregunto: ¿qué puede envidiar ya sobre la tierra? Si da una vuelta alrededor de este árbol genealógico, ¿qué puede hallar envidiable en el genero humano?

Ello es que la soberbia se nos presenta menos activa, y la envidia más ociosa, y, degenerando una

y otra de su primitiva naturaleza, han venido á convertirse en vanidad, y resulta que la vanidad nos ha heredado como hija natural, descendiente por línea recta de la soberbia y de la envidia.

Y bien : ¿qué es vanidad?

Por de pronto, es el aire que respiramos.

Tiene algo del espacio, en que todo lo ocupa y nada llena.

No son las cosas, sino las apariencias de las cosas.

Es Lucifer más sociable, casi bonachón, digámoslo de una vez, un pobre diablo; es Caín menos adusto, casi amable: en una palabra, un pobre hombre.

Es la campana que suena precisamente porque está hueca.

En el orden de las cosas públicas, nos sale al paso por todas partes. Ahí está el crédito que va de casa en casa, de puerta en puerta, pidiendo en nombre de la prosperidad ceros que aumenten el valor de las unidades. Cualquiera cantidad dividida por cero, da, según la forma irracional de los matemáticos, lo infinito. Pues bien: multipliquemos la cantidad de lo que hay por todos los ceros de lo que falta y tendremos á toca teja, como tenemos, los fabulosos manantiales de esta inmensa riqueza en que nos ahogamos.

El lujo: he ahí otra perspectiva: todo lo superfluo se ha hecho necesario. El *botel* suntuoso, la mesa espléndida, el tren deslumbrador...; Oh, cuán cara es la vida! ¿Á quién se le oculta lo mucho que cuesta? Y, sin embargo, ¡qué bien sabemos todos lo poco que vale!

La autoridad.... ¡qué gran aspecto!... Todas las insignias, todos los atavíos, todas las apariencias; pero.... ¿dónde está? En todas partes se la ve, y en ninguna se la reconoce. Si no es ya una nueva ficción, ¿qué es? Decoración teatral, perspectiva de bastidores; especie de luz que brilla en la oscuridad de la noche para advertir al transeunte que allí están los escombros de un edificio arruinado. Autoridad-vanidad del poder. ¿ Es otra cosa?

Volvamos los ojos á la sabiduría. ¡Cuán admirable es el espectáculo que nos ofrece! Desde el momento en que hemos descorrido el velo de todos los misterios, nos encontramos con que nada hay cierto. Ya no hay verdades, no hay más que opiniones; todo está en tela de juicio: la ciencia es la superficie, la duda es el fondo, y la duda es la ignorancia suprema.

Sea como quiera, el mundo se nos presenta lleno de sabios. Francamente: ¿ quién no lo sabe ya todo? Jamás se ha visto tan poderosamente extendido el privilegio de la ciencia infusa. Todos hablamos de todo; ¿ por qué? Porque de nada se habla tan fácilmente como de aquello que no se entiende. En realidad, nada de cierto hemos averiguado; pero ¿hemos de condenar á perpetuo silencio nuestra ignorancia? Si nos contentamos con creernos sabios, ¿ qué necesidad tenemos de serlo?

Vanidad de la riqueza, vanidad del poder, vanidad de la ciencia. Sumemos: todo lo que se debe; todo lo que no se puede; todo lo que se ignora. En números redondos: ficción de riqueza; perspectiva de poder; apariencia de sabiduría. Total: vanidad, espacio, vacío.

¡Ah!... Se me olvidaba: somos libres, sin duda alguna; á lo menos nos damos todo el aire de que lo somos: mas yo pregunto: Libertad, si te poseemos, ¿por qué te pedimos? ¿Cuándo se cansará el hombre de pedirla? Y si nos la han de dar, ¿cómo es nuestra?

Ya hemos entrevisto la vanidad en las cosas, y después, más despacio, la buscaremos en las personas, que es donde presenta su aspecto verdaderamente fisiológico, ameno, curioso y entretenido.

